

enemigos de la sociedad, prohibía al señor de Guimaraens que le hablase de compasión, porque hombres como él no se ablandaban con suspirillos. Aunque D. Pedro respondía á todo afirmativamente, aún no parecía satisfecho el ogro, y ponía por testigo al Santísimo Sacramento de su decidido entusiasmo por lo absolutamente inexorable.

Asomóse después al balcón que daba al gran patio ó esplanada llena de ruinas, y al retirarse dijo:

—¡Qué negro está todo! Señor coronel Guimaraens...

Don Pedro se puso á sus órdenes.

—Mañana á las seis en punto, forma usted el cuadro en ese patio y me fusila usted al jacobino. A las seis en punto. Yo quiero verlo desde este balcón; sí, quiero verlo con mis propios ojos.

Diciendo esto acercaba dos de sus dedos á los ojos y se estiraba los párpados inferiores, mostrando redondas y saltonas las córneas, bordadas de un cerco sanguinolento; después se sentó en una silla, estiró las piernas, apoyando el brazo derecho en el respaldo y la cabeza en la palma de la mano.

—Voy á dormir un poco. Son las tres. Que me llamen á las seis menos cuarto.

Retiráronse todos y el ogro quedó roncando. Guimaraens fué á dar órdenes, y después de pasar largo rato en las cuadras bajas hablando con los oficiales que estaban á sus órdenes, recordó que Sor Teodora de Aransís le había mandado llamar poco antes. Go-

zoso de ser útil á tan insigne señora, corrió á la caverna donde estaba y por espacio de media hora larga conferenció con ella. Lo que hablaron no lo sabemos; pero quizás lo adivine el que siga leyendo.

XXIX

Don Pedro salió muy cabizbajo. Cuando la señora se quedó sola, sentóse sobre las piedras sepulcrales y apoyando el codo en una tabla y la frente en las coyunturas de su mano cerrada cual si empuñara un arma, estuvo largo rato inmersa en profunda meditación. Su alma sentía una ansiedad hasta entonces desconocida, como no tuviera su semejante en las vagas ansiedades de aquel amor místico que la inflamó durante los primeros días de su vida en el convento. Se preguntaba qué razón había para aquel interés por cosa que tan poco debía importarle: pero no podía darse respuesta satisfactoria. Trató de vencer aquel afán; pero contra este enemigo terrible eran débiles las armas de la razón, que hiriéndole sin matarle, le irritaban más. El enemigo se asentaba al mismo tiempo en su imaginación y en su corazón, aunque más parte ocupaba de aquélla que de éste.

En su mente había una idea, inmutable, aterradoramente fija y clara, la cual le ponía delante como la mayor de las desgracias y de las injusticias posibles, el sacrificio de

aquel hombre que estaba en las mazmorras de Regina Cœli. No podía de ningún modo asentir á que pereciese aquella figura airosa y elegante, aquel semblante varonil, aquel mirar dulce y penetrante, aquella discreción y urbanidad de lenguaje, aquella nobleza que en toda su persona resplandecía, aquel misterio de su vida y de su entrada en el convento, la violencia misma de su aparición seguida después de manifestaciones hidalgas, aquel no sé qué de semejante hombre que había despertado súbitamente un interés muy vivo en el alma de Sor Teodora de Aransis. Ella protestaba contra la calumnia de que fuera incendiario de San Salomé. Tan grande injusticia poníala furiosa.

No tenía serenidad suficiente para considerar lo anómalo de sus sentimientos. Después de doce años de claustro, de calma y de tibia y rutinaria devoción, Teodora de Aransis perdía toda su entereza y su paz espiritual por la presencia de un desconocido. Quizás era ella menos monja de lo que parecían indicar sus doce largos y monotonos años de claustro; quizás aquel período lento y pesado como un sueño de embriaguez, había sido tan sólo un verdadero sueño, un sueño estúpido del cual la despertaba la voz de un hombre; tal vez la verdadera juventud de la hermosa dama comenzaba en aquel instante, y quizás, quizás el grito de terror proferido al ver profanada su casta celda por el aventurero, fué la última palabra de su niñez.

Contra esta idea desfavorable protestó la

razón de la virgen del Señor, diciéndose:— No, es lástima, nada más que lástima lo que siento.

Pero una lástima profunda, abrasadora, una lástima que le hacía olvidar los sucesos de las últimas horas, las llamas de San Salomé, su raptó, el viaje con Tilín, y le hacía olvidar también sus doce años de claustro. Creeríase que todos los deseos, todas las ilusiones, todos los caprichos, todas las afeciones arrinconadas durante los doce años habían renacido súbitamente, y se juntaban para hacer de aquella lástima un sentimiento sublimemente cariñoso. De mil cachivaches olvidados y perdidos en los repliegues de una vida oscura y pasiva, la compasión hacía su acopio en un día para fundir con ellos un afecto poderoso. El filo de esta arma iba derecho contra el propio corazón de la monja, el cual se partía y se hacía pedazos, pensando en la muerte injusta de un desconocido.

Mientras meditaba no vió que en la ventana aparecía un rostro oscuro, después un busto, y que el ágil cuerpo de Tilín saltaba sobre el antepecho y se acercaba pausadamente á ella. El viento entraba en la sala, y la luz de la lámpara oscilaba como la llama de una antorcha, produciendo intervalos de claridad y sombra. Teodora no vió al dragón hasta que no estuvo delante de ella, con las manos cruzadas, inclinado el rostro. Ligera exclamación de sorpresa salió de los labios de la señora; pero nada más. La presencia de

su enemigo ya no le causaba temor sin duda.

Sorprendióse Tilín de no ser recibido como esperaba, con exclamaciones de horror. El daba por perdida ya su causa. Había entrado en Regina Cœli con el tumulto de tropa y paisanos, y se había deslizado entre las sombras del patio en ruínas para ver de lejos la presa que se le había escapado. No creía ya en su éxito; no tenía ilusión alguna. Sabía que su víctima estaba ya en seguridad contra él, y que un grito, una voz sola, le bastarían para defenderse, si nuevamente fuera perseguida. A pesar de esto, esperaba oír en boca de la señora recriminaciones y apóstrofes. En vez de esto Tilín halló un silencio de sepulcro y una impasibilidad sombría y taciturna.

—Soy yo, señora—dijo Pepet en voz baja, —soy yo, que aun aquí, donde está la monja más segura, vengo sin temor á nada, ni á la misma muerte.

La religiosa no contestó. Parecía que más enojaba á Tilín el silencio que las recriminaciones, porque alzando la voz con violencia, añadió:

—Soy yo, señora, que si supiera que no había de salir de aquí sino hecho pedazos, no dejaría de entrar. Vengo, porque quiero decir la última palabra.

Nuevo silencio.

—La última palabra, señora—prosiguió el voluntario realista.—He perdido la partida. Por primera vez dejo de creer en el buen éxito de mi osadía, de mi fuerza y de mi as-

tucia. Mis diablos me han desamparado... vencido soy. El ángel que á usted la protegía me destrozó en mitad del camino.

Tilín creía con ciega fe en esta idea de Satán abandonándole y del ángel que le acuchillaba.

—Un recurso me queda—añadió sordamente,—el recurso mío, el que más me gusta.

Sor Teodora le miró. Parecía que de improviso oía con interés las palabras de Tilín. Su atención indicaba un cambio brusco en sus ideas, algo como esperanza, ó presentimiento de una solución posible.

—Me queda—dijo él, animado por aquella mirada,—el recurso de la muerte, que es ya mi único consuelo.

Pepet se detuvo, y la monja, mirándole con mayor interés, le dijo:

—Sigue, Tilín, ya ves que te escucho sin enfado.

—El mundo se acabó para mí. Ninguna de las ambiciones de mi alma he podido satisfacer en él. Lo miro como un lodazal de hielo en el cual no nace ni una yerbecilla... Huir de él es lo que deseo. Dos objetos han llenado mi alma y cabalgando en ella parece que la han espoleado: ambos han sido un esfuerzo estéril y doloroso como las convulsiones del loco. Ni soldado ni amante, ni la gloria ni el amor... ¡Todo perdido! Los deseos no satisfechos que son como ascuas que no puedo trocar en llamas ni tampoco en cenizas, me piden mi sangre, señora, mi sangre malvada!

Ronco por la violencia de su expresión y

trémulo con las convulsiones del despecho, se clavó las dos manos en el seno. Después cayó de rodillas é hiriendo el suelo con su frente, dijo con voz angustiada:

—Monja, dime que me perdonas y moriré contento.

La llama de la lámpara que poco antes parecía extinguida, inundó de claridad la sala. El rostro de la monja se tiñó de leve púrpura; sus ojos brillaron; no de otro modo brillaban en el semblante humano las llamas de la inspiración, Sor Teodora tuvo una inspiración.

—¡Perdonarte!—dijo.—¿Y has podido dudar de mi perdón, siendo sincero tu arrepentimiento? ¿Reconoces tu sacrilegio, tu infame conducta?

—Yo no reconozco nada—repuso Tilín con desesperación.—No reconozco sino que amo, que adoro, y que por esto sólo merezco misericordia. Mis maldades no son maldades, son mis caricias, caricias á mi modo, porque no me es permitido hacerlas de otro modo. El sacrilegio! El Diabolo me lleve si entiendo esta palabra. No sé más sino que mi alma se abrasa, que pongo sobre todo el Universo á una sola persona; que esa persona me aborrece, y que no quiero vivir... Esto es lo que sé... ¡Perdón, perdón! Pido perdón, porque es lo único que espero me pueden dar; lo pido por poder decir: "Me arrojó una palabra dulce y dejó caer una lágrima de piedad sobre mi corazón envenenado." Por esto pido perdón.

—Y yo te lo doy—dijo la monja poniendo

su dedo sobre la cabeza del hombre terrible.

—Esto me regocijará en la otra vida. Señora, adiós; me voy á matar.

Apartóse algunos pasos, y metiéndose la mano en el pecho sacó un cuchillo. Corrió hacia él prontamente la monja, diciéndole:

—Aguarda.

Tilín extendió la mano armada, y apartando con ella á la de Aransis dijo:

—Usted que me aborrece, no podrá impedirme que me mate.

—Yo no lo impido.

—¿Se opone usted á mi muerte?

—No, no me opongo, no.

—¿Por qué?

—Porque la mereces.

—Bien, señora. Todo ha concluido—dijo Tilín apartándose, resuelto á consumir el último crimen.—El Infierno me llama; voy al Infierno.

La monja se abalanzó á él denodada y sin miedo al arma ni á la descompuesta cara de Tilín, cuyos ojos inyectados de sangre causaban horror. Le puso ambas manos sobre el pecho, le miró con ternura y en tono dulce y persuasivo le dijo:

—¿Y por qué no al Cielo?

El tono y la mirada fascinaron de tal modo al dragón, que quedó extático, embelesado.

—¡Al Cielo!—murmuró.

Soltó el cuchillo. La monja volvió con apariencia tranquila á su asiento, é indicó con una seña á Tilín que se sentara también.

—Ya no hay Cielo para mí, ni puede haberlo—dijo el dragón.

—¿Por qué?

—Porque soy un malvado, porque amo lo imposible, lo que Dios prohíbe, lo que es suyo, y no puedo dejar de amarlo... ¡Oh! Mi Cielo no es el Cielo de los demás, mi Cielo sería que usted me amase, y usted no me puede amar, usted me aborrece.

—¿Y si dejase de aborrecerte?

Pepet sintió en su alma un consuelo inefable.

—¿Y si te amase?—añadió la monja con animación, pero sin dejar su acento y su expresión de melancolía.

La sensación que experimentó Tilín era como si unas manos de querubines le hubieran suspendido en el aire.

XXX

—¡Oh, señora!—exclamó,—no juegue usted con mi corazón. ¿Y cómo ha de poder ser que usted me ame?

—Mereciéndolo.

—¿Cómo?

—¿De qué nace el amor sino de la admiración y de la gratitud? Cuando no nace de esto es fútil capricho que se va tan pronto como viene.

—¡Admiración!—dijo Tilín meditabundo.

—¡Oh! sí, es verdad. Por eso yo soñaba con ser un héroe; con realizar hazañas grandes

y extender mi fama por todo el mundo, para que admirándome usted me amase.

—Pero más que de la admiración nace el amor de la gratitud—dijo la monja firme ya en su papel,—nace de la placentera dicha que nos produce la contemplación de las virtudes y de los sacrificios de otra persona. Un acto de abnegación sublime, uno de esos actos que ponen de manifiesto la superioridad de un alma, basta á encender el amor en el corazón más frío. El mío no puede ser conquistado de otra manera, Tilín; pero conquistado así, su posesión será eterna por los siglos de los siglos.

El bárbaro guerrero contemplaba embebecido y trastornado el rostro de la dama, que tenía en aquel momento una expresión sobrehumana. De sus ojos veía Tilín que emanaba y caía sobre él una luz divina.

—¡Ay!—exclamó,—si eso fuera verdad, si el mundo no fuera un centro de vulgaridad, si existiera la posibilidad de esos actos sublimes... ¿Qué no haría yo por merecer esa vida que anhelo?... Pero no, lo que me puede acercar á usted no existe.

—Sí puede existir—dijo con entereza la monja.

Después cambió de tono repentinamente. Dijo algunas palabras con desfallecido acento y en seguida algunas lágrimas brotaron de sus bellos ojos. La luz se amortiguó dejando en sombra la sala.

—¿Llora usted?

—Sí lloro... ¿No comprendes que hay en